

DISCURSO

pronunciado el 22 de Diciembre de 1882 sobre la
formación de la izquierda democrática

Señores diputados, el Congreso habrá de antiguo advertido en mí una gran reserva. Desde hace tiempo tengo resuelto mezclarme con actividad en los debates que controvierten la organización de los principios en leyes duraderas, y huir de los debates que controviertan las transformaciones, de los partidos y la sucesión de los Gobiernos dentro de la monarquía restaurada. Sobradamente pagado del título de ciudadano y de la representación parlamentaria, para consentir en silencio que mi patria se rija por principios contrarios á la eterna justicia, estoy tan lejos de la gobernación del Estado, y tan impedido por mi conciencia y por mi historia de sustituir, dentro de la legalidad vigente, á quienes pudiera derribar, que tal situación me veda la sobrada inquietud de otros, y me impone prudentísima reserva, en consonancia, después de todo, con la madurez á que ha llegado la democracia española en su desarrollo, cada día más creciente, al par que más saludable, y con la responsabilidad por mí contraída en los altos puestos del Estado; responsabilidad fácil de repetirse por la rapidez de nuestros movimientos nacionales, y no

quisiera que me sobrecogiese, ó víctima de ilusiones engañosas, ó reo de temerarias impaciencias.

Yo, ni en la primera ni en la segunda, ni en esta tercera Cámara de la restauración, he suscitado debates ó ejercido iniciativas, obedeciendo con fidelidad al alejamiento de los sucesos diarios, impuesto por mis arraigadas convicciones y por mi larga historia; y si los asuntos graves se han suscitado, yo no los he rehuido: haciendo constar que ninguna responsabilidad me tocaba en su aparición, pero que una vez suscitados y traídos al debate, mi presencia en este sitio me vedaba dejarlos pasar sin decir cuanto acerca de todós ellos creo y pienso con franca y leal sinceridad. No he tenido parte alguna en el nacimiento y en el desarrollo de la izquierda, como no tuve parte alguna en el nacimiento y en el desarrollo de la fusión. Colocado por mis antecedentes más cerca de los demócratas dinásticos que de los fusionistas constitucionales, algunas confianzas he debido á la cariñosa inapreciable amistad con que me honra y me distingue de antiguo un insigne general, y debo decir que respetándole como le respeto, y queriéndole como le quiero, más bien he tirado á disuadirle que alentarle en sus proyectos, por natural desconfianza de prematuras divisiones en el partido avanzado, las cuales pudieran producir, y aun justificar, un lamentable retroceso, tan temido de mí por la gravedad del mal como por la naturaleza del remedio. Pero la izquierda dinástica se ha constituido sin mi intervención directa, sin mi consejo amistoso; no tengo más remedio que con mi criterio examinarla y decir cuanto he de hacer en su presencia. Los problemas á ella propios han surgido; no tengo más remedio que deslindarlos, pues habiendo hablado todas las fracciones parlamentarias, no puede faltar la voz del republicanismo histórico en este concierto de ideas.

Además, la significación política que tengo aquí como en todas partes, exige de mí explicaciones importantes. Desde que un movimiento de la democracia hacia la mo-

narquía se inició, estoy oyendo acerca de él conceptos que hieren mis sentimientos y mis creencias. El jefe de la izquierda dinástica declaró sin rebozo que su trabajo intenta recabar todos los soldados á la causa republicana en España. Un eminente senador afirmó que la república no tiene salida ya en Europa, como si hubiera muerto la idea del derecho en la conciencia, y cerrándose con razón eterna el horizonte de los humanos progresos. Todos, mayoría y minoría loan el éxodo, desde los partidos republicanos á los partidos monárquicos y dinásticos, cual un acto de patriotismo. Y yo debo decir, yo, republicano ayer; yo, republicano hoy; yo, republicano mañana; yo, republicano desde los días primeros de mi vida política hasta el día de mi muerte, debo decir qué razones me mueven á permanecer y perseverar en la república. No juzgaré á los demás, no calificaré ni directa ni indirectamente á los que, impulsados por móviles respetables, han seguido en conciencia otra conducta. Conozco sus impulsos, y los respeto; amo sus personas y no les diría palabra que pudiera ofenderlos. No saldrá, pues yo medito de antemano cuanto voy á decir en este solemne instante y en este sagrado sitio, no saldrá ninguna ofensa de mis labios; pero si saliera, dése por no dicha. Imitaré la maestría de mi fraternal amigo el Sr. Martos, siempre de lejos, pues no es dado á todos acercarse á tan excelso modelo, cuando expresó al Sr. Moret las razones que le impedían seguirle por su camino entonces, y así habré dicho cuanto pienso decir, sin ofensa de nadie y sin encuentros entre las izquierdas, que conviene á toda costa evitar; pues los Parlamentos se dividen por fuerza en dos grandes ejércitos, mayoría y minoría, no conviniendo entre los grupos de esta última inútiles y estériles debates. Hechas tan largas consideraciones sobre mi particular situación, entro resuelto ya en materia y examino el fondo de todos los problemas pendientes.

Yo, señores, no pienso cambiar de política, no. Para

comprender esto es necesario partir de acontecimientos añejos y de antecedentes ya olvidados; porque allí, en cierta lontananza, está su premisa, de la cual serán los hechos posteriores consumados por los republicanos, como una serie de lógicas é indeclinables consecuencias. Yo al revés de otros muchos demócratas, he pertenecido á una escuela política, la cual podrá estar equivocada en sus fundamentos, pero que, compenetrando la forma y su fondo social, como se compenetran en el mundo la luz y su calor, la materia y su extensión, el movimiento y su fuerza, pone la república verbo de nuestra doctrina y arquetipo de nuestros principios, y resumen del movimiento histórico moderno, á la cabeza de todos sus programas, y hace de ella la meta de su camino y el objeto de sus esfuerzos, como lo demuestra la opinión general que, llamándonos en sus designaciones indeliberadas ó inconscientes, pero expresivas y exactas, republicano de antiguo, nos llama con el nombre más esencial á nuestro capitalísimo pensamiento y más copendioso de nuestra pasada vida; nombre que conservaremos como el apellido de nuestros honrados padres, toda la vida, y aun allende la muerte, hasta donde se dilate nuestro recuerdo en la humanidad y en la historia.

Nada más fácil para el entendimiento, de suyo analítico, nada más fácil que separar en sus abstracciones la forma del fondo y creer que las ha separado ya en el mundo de la realidad y en el seno de la vida. Vosotros podeis distinguir en el individuo lo universal y lo particular en las clasificaciones de vuestros sistemas, como podeis apartar el hidrógeno y el oxígeno del agua en las pilas de vuestra química. Pero si quisierais hacer lo mismo en la inmensidad del universo, no podríais conseguirlo. Regimentadme las especies vivas allá en los espacios de la naturaleza, como regimentais los ejemplares de una misma especie muertos en los escaparates de vuestros gabinetes de Historia Natural. Idos á separar con vuestras pilas los gases componentes de la catarata, ó á dividir en vuestros mon-

tes el mineral del vegetal ó el vegetal del animal, para que no puedan relacionarse, como los dividis en vuestros sabios tratados de zoología, de mineralogía, de botánica.

Por igual manera que el descoyuntamiento entre el cuerpo y el alma, en el universo ayuntador, trae la muerte segura, el descoyuntamiento entre la forma y el fondo trae por fuerza en la lógica un seguro sofisma. La ciencia no hace tal. Aristóteles llamó al espíritu la forma sustancial del cuerpo; Aristóteles ese gran revelador de la metafísica, y Cuvier, ese gran revelador de la naturaleza, dijo que lo más constante y duradero en los cuerpos es la forma en que se hallan vaciados, y lo más corruptible y variable la sustancia; pues nosotros mismos, por la circulación de la vida y por el cambio continuo de moléculas, no somos hoy lo que ayer éramos en sustancia, mientras en forma y organización quedamos fundamentalmente inmutables. Así es que la fisiología moderna proclama, no solamente la existencia de fuerzas plásticas que producen la materia, sino la existencia de fuerzas morfolásticas que producen la materia de cierta manera organizada y dispuesta. Estos apotegmas no resultan fórmulas vacías; no: los médicos y fisiólogos que me oyen ahora en esta Cámara, saben cuán poderosamente han llegado á influir, así en la medicina como en la cirugía contemporánea. ¡Ah! En la vida orgánica, desde su primera sustancia, desde aquel metoplasma, donde comienzan los rudimentos del organismo hasta el cerebro humano, donde brota y estalla el pensamiento, hay una serie de formas progresivas, las cuales no pueden confundirse, ni mucho menos rebajarse las superiores á las inferiores, sin perder su característica; y en la sociedad, en este organismo supra-material, consentidme la palabra, existe otra serie de formas, las cuales son tan sustantivas y esenciales como los mismos principios, según prueba, no solamente la dialéctica científica, sino también el sentir vulgar, cuando distingue las naciones de esta suerte: Monarquía italiana, República francesa, Confederación An-

glo-sajona, Celeste Imperio. La palabra democracia implica la igualdad de derechos, y la palabra monarquía implica el privilegio de una sola persona ó de una sola familia: la palabra democracia lleva en sí misma el principio de la elección, y la palabra monarquía lleva en sí misma el principio de la herencia: quiere la una movilidad y responsabilidad en el poder público; quiere la otra inmovilidad é irresponsabilidad: se confunde la una con la sociedad, y se cree la otra superior á la sociedad misma; lo deriva todo la una del derecho, y lo deriva todo la otra del misterio; por consiguiente, resultan sus términos irreconciliables en la ciencia y en la experiencia. Leed á los grandes inventores de la palabra democracia en los libros clásicos de Grecia, y vereis cómo la definen gobierno de los ciudadanos libres é iguales, en contradicción completa con la palabra monarquía.

Nunca he creído en la indiferencia de los organismos y formas de gobierno. ¡Ah! No es indiferente que guien al pueblo de Israel los jueces ó los reyes; no es indiferente que triunfen los soldados de Darío el déspota ó los soldados de Milciades el helénico; no es indiferente que gane la batalla de Queronea Grecia ó que la gane Macedonia; no es indiferente que reine sobre Atenas el verbo de Demóstenes ó el silencio de Filipo; no son á la humanidad indiferentes César ó Pompeyo, los Lucanos ó los Nerones: abrid los anales eternos, recoged las grandes enseñanzas históricas, y vereis como á las ciudades republicanas tocan los luminosos descubrimientos, mientras á los grandes imperios las irreparables decadencias; ved la brújula que os guía en los mares, descubierta por Amalfi; la imprenta, que difunde y eterniza el ideal humano, inventada en Estrasburgo; el Renacimiento que ha esmaltado vuestra fantasía nacido en Venecia y en Florencia; los principios de la libertad del pensamiento y los comienzos del derecho internacional modernos, proclamados en Holanda; el telégrafo y el vapor hallados en la Confederación sajona; pararra-

yos, que descarga las tempestades y trae obediente la chispa eléctrica, el cetro de los antiguos dioses á vuestras frágiles manos sorprendido en Filadelfia; desde la letra de cambio con que movilizais los valores, hasta el derecho civil con que regis la vida, y desde la santidad del decálogo base de vuestra religión, hasta la hermosura del bajo relieve y del intercolumnio, timbre de vuestras artes; vedlo todo creación de la república; y decidme luego; si con razón las fechas más tristes del género humano, aquellas que llora en lamentos sin fin y con lágrimas infinitas la invisible pero viva musa de la libertad universal, son las fechas en que concluye la liga aquea, en que mueren Bruto después de Filipos y Caton después de Farsalia en que se dispara Miguel Angel con el dolor de los titanes por su pincel escopeo esculpido el arcabuzazo último, defendiendo en San Miniato la sabia democracia toscana, en que un perjurio como el perjurio de Monk, ó una traición como la traición de los Bonapartes, trae las restauraciones de los imperios: noches de horror y de tristeza para la eternidad de los tiempos, enfrente de los hermosos días que nos han dado la luz del pensamiento y han traído á nuestras mentes el secreto de las grandes inspiraciones científicas, y á los pueblos ateridos en los sepulcros faraónicos de la tiranía el vivificante calor de la milagrosa libertad.

Dispensadme tal especie de lírica efusión, bien impropia de mis años y de mis desengaños, bien ajena por cierto al frío análisis que me proponía emplear, como un disector su bisturí, en el examen de la situación política presente; pero cuando un día y otro día, en los sendos debates parlamentarios y en las dos tribunas oficiales voces autorizadas anuncian que todo el partido republicano se ha ido á la monarquía; que todo ideal de república se ha perdido, como una luminaria fugaz, en el cielo de nuestras esperanzas; que no le resta ningún culto á la causa vencida, ni en aquéllos mismos cuyo entusiasmo ferviente la preparó á su triunfo y cuyo duelo inconsolable la sigue

hoy en su derrota, justo es que permitais á quien solo ha servido en lo pasado á la república, y solo piensa en lo futuro servir á la república, viéndola en su serenidad inmortal á través de los más espesos eclipses, amándola con verdadero amor en sus nefastas desgracias, resuelto á no regatearle su concurso mientras de nuevo no le sonría la victoria; justo es, decia, permitirle de grado tal desahogo, y dejarle jurar fidelidad eterna, por su Dios y por su conciencia, en estos días adversos, al principio de todos sus principios, al principio republicano, en torno del cual giran, como en torno del sol vivificador los pálidos planetas, las remembranzas de nuestras vivas memorias, los sentimientos de nuestros exaltados corazones, y las ideas políticas de nuestras creyentes y perseverantes inteligencias.

Dichas mis creencias, entremos á examinar la situación. En verdad os digo que nada me maravilla tanto como la extrañeza de aquellos que, creyendo á los partidos fáciles de dirigir por fuerzas distintas de las ideas, imaginaban imposible de todo punto esta conversión, más ó menos súbita, de una parte de la democracia radical á la monarquía restaurada. Yo la veía de tal manera en el orden lógico de las cosas, que atacado como reaccionario y apóstata, cuando mi discurso de Alcira, por los discordantes órganos del radicalismo histórico, les anunciaba con seguridad esta inevitable transformación política en cuanto saliese por voluntad del monarca el partido fusionista á la gobernación general y se columbraran horizontes más dilatados á las entonces amortiguadas ó desvanecidas esperanzas de la libertad. Y en este instante añado más á los sorprendidos, y les advierto que de poco se asustan, pues verán cosas mayores en cuanto suba, como ha de subir, al poder el nuevo partido demócrata-dinástico. Nada tan vulgar como la creencia de que nuestra España se rige por la casualidad, y nada tan falso. No es la nación, y menos en el siglo corriente, como un obólido que parece burlar en su curso caprichoso las leyes de la mecánica celeste, ó

como un cometa de órbita incalculable y de súbitos inesperados movimientos, no; sus fases tienen matemáticas proporciones, como sus partidos están á maravilla encadenados por una serie dialéctica de sistemáticos enlaces. Así como dividís la historia de la tierra en dos grandes porciones, ignea y neptuniana, y como dividís los terrenos propios de estas dos porciones en primarios, de formación basáltica y granítica; en secundarios, de formación jurásica; en terciarios, de formación silicea; en cuaternarios, de formación moderna, dividís la política española en dos grandes partidos, el absolutista y el liberal, y dentro de este último, desde la unión católica hasta el pacto sinalagmático, teneis una serie tan sistematizada y seguida como las formaciones del planeta, como los instantes del tiempo, como las facultades del espíritu. Y si esto es así, ¿por qué maravillarme de que, cual existe la unión católica entre el partido carlista y el partido doctrinario, el partido doctrinario entre la unión católica y el partido conservador, el centro fusionista entre el partido conservador y el partido constitucional, los disidentes entre el partido constitucional y la democracia, exista dentro de la democracia una extrema derecha la cual trate de unir la trilogía de nuestros fundamentales pensamientos, la soberanía popular, las libertades personales y el sufragio universal, con las prerogativas de la vieja monarquía española? Nada me maravilla menos y nada me parece más en consonancia con la serie lógica del pensamiento en este período de la historia y con la correspondencia necesaria que ha de existir por fuerza entre las íntimas y constantes aspiraciones de la sociedad y su manifestación exterior.

Lo que yo asevero es una cosa; que mi partido mucho más numeroso de lo generalmente calculado por ahí al igual de mi persona, mucho más porfiada de lo generalmente pensado, jamás en ningún tiempo ni espacio, por ningún motivo, por ninguna experiencia, dejará sus ideales históricos para trastocarlos por otros ideales opuestos y contra-

dictorios. En primer lugar, nosotros nos hemos distinguido siempre con el cognomen de republicanos, y hemos pensado siempre que combatiendo la fórmula superior del privilegio trazamos la igualdad suprema del derecho. En segundo lugar nosotros hemos creído que no teníamos incompatibilidades solo de doctrina en la forma propia del Estado español en este período, sino que tenemos incompatibilidades de historia. Vuestro principio monárquico es incompatible con nuestro ideal republicano; pero hay otro principio, el cual no me atreveré á nombrar por grandes respetos legales, incompatible con toda la historia del liberalismo español. Después de las Cortes de Cádiz, y del sacrificio consumado en la segunda guerra civil, y del largo interregno de la revolución última, no ha habido cómo hacer oír arriba, no sólo á los poderosos y sus cortesanos, á los viejos partidos, la pujante voz de la nación, que dice: *per me reges regnant*. Para estos ilusos adoradores de lo pasado, el origen del poder supremo está todavía en el testamento de Carlos II y en aquellas competencias que nos trajeron la dinastía de Versalles y sembraron los desastres horribles de la guerra de sucesión. Y esta misma fe de los de arriba, tan ciega, creedlo, ha engendrado en los de abajo un sentir opuesto, no menos arraigado, el sentir de la incompatibilidad inconciliable por completo entre los viejos poderes históricos y las santas libertades modernas. ¡Ah! No quiero hablar de tiempos lejanos, aunque los nombres colocados por vuestro mandato en esas lápidas parecen escritos ahí con letras etéreas para recordarlos eternamente á la memoria del legislador é infundirle horror eterno á la execrable tiranía. El que hayan pasado á tópicos en el vulgar lenguaje, y á una especie de refrán, si quereis, popular, sólo sirve para establecer el arraigo y la extensión de estas tradiciones. ¡Oh! No bastan dos años de gobierno liberal, por nadie tan deseados como por mí, por nadie tan aplaudidos como por mí, no bastan á destruir dos siglos casi de historia. Nuestros Parlamentos muertos

á mano airada, nuestros gloriosos Municipios concluidos, la sujeción servil á Francia, el pacto de familia, el desastre de Trafalgar consumado por ceñir á torpe favorito la corona de los Algarbes, el suelo nacional cedido como un predio al conquistador, la conquista infame celebrada en su deshonoroso cautiverio por nuestro rey traidor, las reacciones del 14 y del 23 con sus terrores neronianos, los patibulos donde han muerto tantos mártires, los recuerdos sucesivos de tres reinados igualmente funestos para la patria y para la libertad, han derramado entre los altares de los antiguos privilegios y la tribuna de las grandes ideas un río de sangre que no podemos nosotros vadear, temiendo al hallarnos al otro lado, además de un desencanto en el corazón y un remordimiento en la conciencia el anatema de nuestros padres inmolados en esas aras y la reprobación de las generaciones futuras, á las cuales debemos por nuestra fe y por nuestra historia el trabajo de prepararles para la consolidación de sus derechos, el puerto seguro de una verdadera república.

Además, examinando con detenimiento lo sucedido aquí, no encuentro razón al risueño génesis de tantas esperanzas ni al ingrato olvido de tantos recuerdos. La fusión, después de todo, corresponde hoy en el andar de los tiempos y en el trasformarse de las sociedades, al antiguo partido de la unión liberal. Y la unión liberar mandó bajo el reinado de Doña Isabel II con igual amplitud que manda hoy el partido fusionista. Los proscritos de aquella época eran los mismos de nuestra época, los progresistas llamados hoy demócratas. Y sin embargo, la célebre frase de «los obstáculos tradicionales» se pronunció en el Senado entonces, y luego se comentó por nuestro gran orador parlamentario en el Congreso, pasando al vulgar lenguaje y conteniendo la fórmula expresiva de una profunda é irremediable desesperación.

Ahora vemos en el Gobierno á los partidarios de la Constitución del 76 liberalmente interpretada, como enton-